metas deseables. No quiera ser dardo, sino meta.

Es emocionante su veneración por Maragall, el mejor poeta lírico hispano de su tiempo y de fuera de su tiempo. Qué maestría en el decir; qué serenidad en el concebir; qué honradez en el vivir y que subjetividad en el apreciar. Todo su canto es un himno a la sed de continuidad en el seno de la plenitud total. ¿Cómo podían ser iguales el poeta de la estepa gris, perennemente gris, y el del Mediterráneo, eternamente azul y prometedor? La angustia del primero es hijo del medio, como lo es la serenidad del segundo. Pero, qué hermosa la figura maragalliana acerca del rector de Salamanca: a pesar de la aridez castellana, allá estaba de pié el último héroe de aquel honor descarnado de don Quijote . . .

Adelante, amigo mío, y, deje que su alma cante, como lo hace el pájaro, sin importarle el graznido del cuervo.

Lorenzo VIVES

Marzo de 1958.

Una suscrición al REP. AMERICANO la consigue Ud. con

Matilde Martínez Márquez

LIBROS Y REVISTAS

Avenida Los Aliados Nº. 60

Apartado Nº 2007 - Teléfono FO-2539

La Habana, Cuba

MI LIBRO DE COSTURA

Por

Celia Carrillo de García Monge

30 años de práctica en la costura.

250 páginas de texto y numerosos dibujos.

El tomo empastado: ₡ 25.00

Para el exterior: $ 5 (Dóls.)

Tel.: 3 7 5 4

Correos: Letra X

San José de Costa Rica

BORRONES DE BUENOS AIRES

"LA CARROZZA DI TUTTI"

Por *Alejandro MAGRASSI*

(Para *Repertorio Americano*)

Viajar hoy en tranvía, ómnibus o «colectivo» en Buenos Aires, esto es, en la «carrozza di tutti» o coche particular de todos, como dijo hace muchos años el escritor italiano Edmundo D'Amicis, que como la condesa de Pardo Bazán, vieron solamente en los primeros tiempos del primero de esos vehículos su lado pintoresco, es exponerse a un sin fín de incomodidades, que en los ómnibus chicos o «colectivos», empiezan cuando el chófer, que es a la vez guarda con incomodidad manifiesta, malos modos y a veces con el cigarrillo en la boca, obliga al pasajero a hacer «cola», después de haber hecho una ya larga y molesta para tomarlo, y terminan en el momento de bajarse, por una peligrosa y bamboleante escalerilla, casi siempre «de contramano», es decir, en lugar de apearse sobre la vereda por una ridícula disposición reglamentaria en mitad de la calle con riesgo de morir atropellado por alguno de esos automóviles que «corren» a los otros coches como para ganarles.

En coches atestados y de pie se viaja la mayor parte del día en Buenos Aires, empujados por una ola furiosa de gentes apuradas, apretujados por mujeres y hombres, manoseados por todos.

Llena la ciudad de «cabecitas negras», como llama el porteño graciosamente a los que vienen de las provincias norteñas o del litoral, que nunca viajaron en ómnibus y tranvías en sus plácidos pueblos natales y de los cuales desgraciadamente algunos son guardas o conductores de vehículos, invadido el «centro» —especialmente en el verano— por una turba con olor a salvajina, sin sombrero y en camisa, de muchachones insolentes e irrespetuosos, no hay ninguna consigna que se respete, medida de orden, seguridad o higiene que se acate ni humanidad que llegue íntegra y con todos los botones del saco a su destino, sobre todo si tiene la desgracia de viajar al lado de algún gordo, mujeres con chicos o una señora que lleve en su bolso de mano las agujas de tejer.

Las esperas prolongadas a que se somete al que va a viajar en ómnibus, lo ponen sin duda malhumorado, a otros los abomba el ruido del motor o el olor de la nafta que con los que comen manzanas, semillas de mirasol o mastican «chicles» en la cara de los demás, los que viajan «recostados» sobre los otros, los maridos recelosos que protejen con su cuerpo a la mujer, estorbando y molestando a los demás, constituyen una fauna porteña que está entre el hombre, la mujer y la bestia.

Esta situación anormal del transporte, ha dado lugar a la proliferación del «guarango del ómnibus», que es el que entra atropellando y usurpando el lugar o el asiento a los demás, el que fuma en el interior del coche, muchas veces con la anuencia temerosa del chófer; al que si está sentado ocupa más de la mitad del asiento, obligando a su compañero de banco a ir encogido e incómodo, y el que si ve en el vehículo alguna mujer joven y linda hace todo lo posible por ir pegado junto a su cuerpo, en el pasillo.

Enemigos del que viaja en un ómnibus o «colectivo», suelen ser los comisionistas que llevan en sus manos un portafolios, y que no tienen otro sitio donde colocarlo estando el vehículo lleno, que sobre la cara o el hombro de su vecino de martirio, y los que leen el diario en el pasillo del coche.

A estos se junta a veces, el mismo chófer, que añorando las tertulias del café de su barrio, siempre tiene a algún amigo a su lado para conversar, mientras maneja y fuma, con riesgo de matar en un choque a todos los pasajeros que lleva; y los «carteristas» que en los vehículos atestados, roban al desprevenido, sin que el conductor, que muchas veces alcanza a verlos en su faena por el espejo que lleva al frente, se anime a decirles nada.

Pero como nuestra misión en este libro no es la de simple crítica, sino más bien moralizante, señalaremos el triste y repugnante caso del que fuma en un ómnibus, «colectivo» o tranvía, muchas veces frente al cartel que dice: «Prohibido fumar» y con el disgusto de todos, mujeres y hombres.

Señalaremos también a la pareja que viaja abrazada en el ómnibus, en posición tan indecorosa, como si estuviera en su alcoba en el tranvía, y re-

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "